

el profundo reconocimiento que yo siento hacia el ilustre maestro que ha añadido con su estudio un nuevo interés á esta obra y ha ofrecido con ello un testimonio manifiesto de la favorable acogida que, los hombres de ciencia extranjeros, dispensan á nuestros esfuerzos por la elevación de la cultura propia, aunque estos esfuerzos sean de índole tan modesta como el mío.

Toledo 6 Diciembre 1911.

JULIÁN BESTEIRO

PREFACIO

Estos Prolegómenos no son para uso de principiantes, sino para futuros maestros y, aun á éstos, no les deben servir para la exposición de una ciencia preexistente, sino, ante todo, para la invención de la ciencia misma.

Hay sabios, para los cuales, la historia de la filosofía (tanto la vieja como la nueva) es su filosofía misma; para ellos no se han escrito estos Prolegómenos. Necesitan esperar hasta que hayan terminado su tarea los que se esfuerzan por coger el agua de la fuente misma de la razón y, entonces, les llega su turno y dan al mundo noticia de lo sucedido. En cambio, según su opinión, nada puede decirse que no haya ya sido dicho en otro tiempo, y esto puede, en efecto, valer como una infalible predicción para todo lo porvenir; porque, como el entendimiento humano, durante muchos siglos, ha fantaseado de muchos modos sobre infinitos objetos, no es difícil que, para cada cosa nueva, se pueda encontrar alguna otra vieja que tenga con ella alguna semejanza.

Mi intención es convencer á todos los que encuentran de algún valor ocuparse en el estudio de la Metafísica, de que es absolutamente nece-

sario, antes de emprender su trabajo, que consideren como no sucedido todo lo que ha pasado hasta aquí, y, ante todo, se formulen esta pregunta: ¿es posible algo semejante á la Metafísica?

Si es una ciencia, ¿por qué no puede ser objeto, como las otras ciencias, de una aprobación permanente? Si no es ciencia, ¿por qué hace incesantes alardes de tal y detiene al entendimiento humano con esperanzas, si nunca extintas, jamás satisfechas? Sea su ser ó su no ser lo que se pueda demostrar, es preciso llegar á una conclusión segura acerca de la naturaleza de esta ciencia arrogante; porque, con respecto á ella, es imposible que permanezcamos más largo tiempo en la misma situación. Parece casi digno de risa que, mientras todas las ciencias progresan incesantemente, la que se tiene por la sabiduría misma, cuyo oráculo todos los hombres consultan, dé vueltas siempre en la misma dirección, sin poder avanzar un paso. Así, sus partidarios han perdido mucho, y no se ve que, los que se sienten bastante fuertes para brillar en otras ciencias, quieran arriesgar su gloria en ésta, donde cualquiera que, por lo demás, es ignorante en todas las otras cosas, se atribuye un juicio decisivo, porque, de hecho, en este campo no hay aún peso ni medida algunos para distinguir la profundidad de la charlatanería superficial.

Pero, precisamente, no es algo inaudito que, después de mucho estudiar una ciencia, cuando

se piensa con admiración lo mucho que se ha avanzado en ella, se le ocurra á alguien preguntar si tal ciencia es posible, y, en general, cómo es posible. Pues, la razón humana, es tan constructiva que, con frecuencia, después de acabada la torre, la ha derribado de nuevo para ver si el cimiento mismo está bien fabricado. Nunca es demasiado tarde para hacerse racional y sabio; sin embargo, es tanto más difícil poner el conocimiento en camino cuanto más tarde éste llega.

Preguntar si una ciencia es posible, supone que se ha dudado de su realidad. Pero tal duda ofende á todos aquellos cuyo patrimonio consiste sólo, tal vez, en esta joya aparente; y de ahí que siempre, el que manifiesta esta duda, pueda esperar sólo resistencia de todas partes. Los unos, orgullosos de su vieja propiedad, y precisamente por vieja considerada como legítima, con sus compendios de Metafísica en la mano, le mirarán con desprecio; otros, que no ven en parte alguna más que lo idéntico á lo que ya antes han visto en otra parte, no le entenderán, y todo permanecerá durante algún tiempo como si no hubiese ocurrido lo que hace temer ó esperar un próximo cambio.

Sin embargo, me atrevó á predecir que, el lector de estos Prolegómenos, si piensa por sí mismo, no sólo dudará de su ciencia hasta aquí existente, sino que, en lo sucesivo, quedará perfectamente convencido de que nada semejante puede existir sin que sean cumplidas las exigencias

aquí formuladas, sobre las cuales descansa su posibilidad, y de que, allí donde nunca se han cumplido, no puede existir Metafísica alguna. Porque su demanda no puede nunca faltar, porque el interés de la razón humana, en general, está con ella continuamente enlazado, tendrá que confesar que, necesariamente, ha de producirse en ella una total reforma, ó más bien un nuevo nacimiento, según un plan completamente desconocido hasta ahora, aunque se oponga á ello, como quiera que sea, algún tiempo.

Desde los ensayos de Locke y de Leibniz, ó, más bien, desde el nacimiento de la Metafísica, hasta donde llega su historia, no ha sucedido ningún acontecimiento que, en relación á la suerte de esta ciencia, haya podido ser más decisivo que el ataque que la dirigió David Hume. No hizo luz alguna en esta forma del conocimiento, pero hizo saltar una chispa con la cual, si hubiese encontrado una yesca á propósito, hubiese podido muy bien encender un fuego cuyas brasas, sin duda, se habrían conservado y acrecentado.

Hume partía de una concepción particular, pero sólida, de la Metafísica, á saber, la de la conexión de la causa y el efecto (por consiguiente también la de la relación entre la fuerza y la acción, etc.), é invitaba á la Razón, que pretendía haberla engendrado en su seno, á declararle con qué derecho cree que pueda existir algo de tal naturaleza que, una vez supuesto, haga necesario suponer otra cosa; pues esto es lo sobre-

entendido en la noción de causa. Prueba Hume, de un modo irrefutable, que es completamente imposible para la razón pensar, *a priori* y con nociones puras, una conexión, puesto que esto supone necesidad; pues no es, en modo alguno, concebible que, porque algo exista, deba alguna cosa existir también necesariamente, ni tampoco cómo la noción de un enlace puede producirse *a priori*. De aquí concluye, que la razón se engaña completamente en ese concepto, que, aunque le tiene falsamente por su propio hijo, no es otra cosa que un bastardo de la fantasía, la cual, fecundada por la experiencia, ha comprendido tales representaciones bajo las leyes de la asociación y ha sustituido una necesidad subjetiva, esto es, una costumbre que de ahí nace, por una necesidad objetiva que nace del conocimiento. De aquí concluye, que la razón no tiene capacidad alguna para concebir tal relación y para concebirla sólo en general, porque, en ese caso, su concepción sería pura fantasía y sus pretendidos conocimientos, subsistentes *a priori*, no serían otra cosa que experiencias comunes falsamente impresas; lo cual es tanto como decir: no hay Metafísica alguna ni puede tampoco haberla (1).

(1) Sin embargo, Hume llamaba Metafísica á esta misma filosofía destruída y la atribuía un gran valor. «La Metafísica y la Moral, decía (Ensayos, 4.^a parte, pág. 214, traducción alemana), son las dos más vigorosas ramas de la ciencia; las Matemáticas y las Ciencias naturales no tie-

Mas, por precipitadas é injustas que sus conclusiones fueran, estaban, al menos, fundadas en la investigación, y esa investigación era bien digna de que se hubieran reunido las buenas cabezas de su tiempo para resolver el tema en el sentido que él expuso, más felizmente, si es posible, de lo cual hubiese podido brotar pronto una reforma total de la ciencia.

Sólo que, la suerte, siempre desfavorable, de la Metafísica, quiso que Hume no fuera entendido por nadie. No se puede considerar, sin sentir cierta pena, cuán plenamente sus adversarios Reid, Oswald, Beattie y, por último, también Priestley, dejaron á un lado el punto fundamental de su trabajo y, mientras suponían concedido lo que él precisamente dudaba, y ponían, por el contrario, en duda, con vehemencia, y muchas veces con gran inmodestia, aquello de lo cual jamás se le había ocurrido dudar, desatendieron su advertencia para el perfeccionamiento, de tal modo, que todo permaneció en el antiguo estado como si nada hubiese ocurrido. La cues-

nen ni la mitad de valor.» El perspicaz escritor vió aquí solamente la utilidad negativa que podía tener la moderación de las pretensiones exageradas de la razón especulativa, para terminar completamente las múltiples, inacabables y continuas disputas que perturban á la humanidad; pero, con eso, perdió de vista el perjuicio positivo que resulta de aquí si se priva á la razón de las más grandiosas perspectivas, según las cuales solamente puede presentar á la voluntad el más alto objeto de todos sus esfuerzos.

ción no era si la noción de causa es justa, útil é indispensable en relación á todo el conocimiento natural, pues esto jamás se le había ocurrido dudarle á Hume, sino si ha sido concebida por la razón *a priori* y, en cierto modo, como una verdad interior independiente de toda experiencia, y, de aquí, tiene también una aplicación más extensa no limitada solamente á los objetos de la experiencia; sobre esto esperaba Hume una explicación. Se trataba del origen de la noción, no del carácter indispensable de la misma en el uso; si aquél hubiera sido reconocido, se hubiera resuelto por sí misma la cuestión de las condiciones de su uso y de las esferas en las cuales puede ser válido.

Los adversarios del célebre escritor, para realizar su trabajo, hubieran debido penetrar muy profundamente en la naturaleza de la razón en cuanto tiene simplemente por objeto pensamientos puros; pero esto era para ellos molesto. De ahí que inventaran un medio más cómodo para presumir sin fundamento alguno, á saber: la apelación al sentido común humano. En efecto, es un gran don de los cielos poseer un entendimiento humano recto (ó, como se ha dicho recientemente, simple). Pero la prueba debe consistir en hechos, en reflexiones y razonamientos sobre lo que se dice y piensa, no en aquello á lo cual, cuando no se sabe alegar nada inteligente para su justificación, se apela como á un oráculo. Apelar al sentido común humano, precisamente cuan-

do el conocimiento y la ciencia descienden al abismo, y no antes, es una de las más sutiles invenciones de los nuevos tiempos, en los cuales, el insustancial charlatán compite confiadamente con las más profundas cabezas y puede mantenerse en contra de ellas. Pero, en tanto que contemos con un pequeño resto de inteligencia, nos guardaremos bien de echar mano de este auxilio. Y, mirada á la luz, esta apelación no es otra cosa que un recurso al juicio de la multitud; una ovación alcanzada por esto enrojece al filósofo, mientras el ingenio popular triunfa y se envanece. Pero yo debía pensar que Hume podía presumir de un entendimiento sano, tanto como Beattie, y, además, de lo que éste ciertamente no poseía, á saber: de una razón crítica, la cual contiene al sentido común, á fin de que no se extravíe en especulaciones demasiado elevadas, ó, si se trata simplemente de esto, de que no se incline á no decidir nada, porque no encuentra justificación de sus principios, pues solamente así se conservará como un entendimiento sano. El escoplo y el martillo pueden servir muy bien para trabajar un trozo de madera de construcción; pero para grabar se necesita un buril. Así, son también utilizables el sano entendimiento y el especulativo, pero cada uno á su modo: aquél, si se trata de juicios, que encuentran su inmediata aplicación en la experiencia, y éste, donde se debe juzgar en general acerca de nociones puras, por ejemplo, en la

Metafísica, donde el que, frecuentemente, *per antiphrasin*, se llama á sí mismo entendimiento sano, no tiene que dar dictamen alguno.

Confieso con franqueza que, la indicación de David Hume, fué sencillamente la que, muchos años antes, interrumpió mi adormecimiento dogmático y dió á mis investigaciones en el campo de la filosofía especulativa una dirección completamente distinta. Estaba yo muy lejos de prestarle oídos en relación á sus conclusiones, las cuales se deducían sencillamente porque no se representó su tema en su totalidad, sino que se fijó solamente en una parte del mismo, la cual, sin tener en consideración el todo, ninguna información puede ofrecer. Si se empieza por un pensamiento fundado, aunque no desarrollado, el cual nos pone en relación con otros, se puede esperar llegar más allá por medio de la reflexión continuada, como le ocurrió al perspicaz escritor, al cual hay que agradecer la primera chispa de esta luz.

Yo inquirí, pues, primeramente, si la objeción de Hume no puede presentarse en general, y pronto encontré: que la noción del enlace de causa y efecto, no es, ni con mucho, la única por medio de la cual el entendimiento concibe *a priori* los enlaces de las cosas, sino que la Metafísica toda consiste en eso. Traté de asegurarme de su número, y por haber logrado esto según mi deseo, ó saber, por un principio único, llegué á la deducción de que, estas nociones, de las cuales

estaba yo ahora seguro, no se derivaban de la experiencia, como Hume había recelado, sino que brotan de la razón pura. Esta deducción, que parecía imposible á mi sagaz antecesor, la cual á nadie fuera de él se le hubiera ocurrido, aunque todos se hayan servido con fiadamente de la noción sin preguntar sobre qué se fundaba su validez objetiva, esta deducción, digo yo, era la más difícil que jamás pudo ser emprendida por la Metafísica; y lo peor era que, toda la Metafísica, existente dondequiera, no podía prestarme para esto el menor auxilio, porque aquella deducción debe, ante todo, decidir la posibilidad de una Metafísica. Por no haber limitado el problema de Hume á un sólo caso, y por haber logrado extenderle á toda la capacidad de la razón pura, pude yo progresar más seguramente, aunque siempre con lentitud, para determinar al fin, completamente y según principios generales, la esfera total de la razón pura en sus límites, así como en su contenido, lo cual era lo que necesitaba la Metafísica para desarrollar un sistema según un plan seguro.

Pero temo que, al desarrollo del problema de Hume, en su mayor extensión posible (es decir, á la *Crítica de la Razón Pura*), le pueda suceder lo que le sucedió al problema mismo cuando fué expuesto. Se le juzgará mal por no entenderle; no se le entenderá, por hojear, sí, el libro, pero no meditar con gusto sobre él, y no se querrá tomar esta molestia, porque la obra es seca, oscu-

ra, contradice todas las habituales nociones y, además, es prolija. Ahora bien; yo confieso cuán inesperado es para mí oír quejarse de un filósofo por falta de popularidad, amenidad y comodidad, cuando se trata de la existencia del mismo alabado conocimiento, indispensable para la humanidad, el cual no puede ser tratado de otro modo que según las más estrictas reglas de una exactitud escolar, después de lo cual es cierto que, con el tiempo, se sigue la popularidad, pero jamás se puede hacer de ella el principio. Solamente es justa la queja que se refiere á cierta oscuridad que brota de la prolijidad del plan, por lo cual no se puede abarcar bien con la vista el punto capital, que importa mucho á la investigación; y esto lo remediaré yo con los presentes Prolegómenos.

La obra que explica la pura facultad racional en su contenido y en sus límites, se constituye siempre, además, como la base á la cual se refieren, sólo como preliminares, estos Prolegómenos, pues aquella crítica debe, como ciencia, mantenerse sistemática y completa hasta en sus más pequeñas partes, antes que se piense en hacer aparecer la Metafísica ó en concebir sobre ella una esperanza lejana.

Se está desde hace tiempo acostumbrado á ver nuevamente engalanados los viejos y gastados conocimientos, cuando se les separa de sus precedentes enlaces, adaptándoles una vestidura sistemática según el propio corte deseado, pero

bajo un nuevo título; y, de antemano, no esperarán otra cosa de aquella crítica la mayor parte de los lectores. Solamente estos Prolegómenos le inclinarán á comprender que se trata de una nueva ciencia, en la cual á nadie se le había ocurrido pensar antes, cuya misma mera idea era desconocida, y para la cual nada podía ser útil sino la sola indicación que podía ofrecer la duda de Hume, el cual, igualmente, no adivinó la ciencia formal, también posible, sino que, para poner en seguridad su nave, la hizo fondear en la costa (del escepticismo) donde podía estacionarse y pudrirse, en vez de lo cual á mí me importa darla un piloto que, provisto de los seguros principios del arte del timonel, los cuales están sacados del conocimiento del globo, con un mapa completo del mar y un compás, pueda dirigir seguramente el barco adonde le parezca bien.

Para una ciencia nueva, que está completamente aislada y es única en su género, proceder con el prejuicio de que se la puede juzgar con ayuda de sus pretendidos conocimientos, ya antes adquiridos, aunque éstos sean precisamente aquellos cuya realidad debe ser, de antemano, por completo puesta en duda, no produce otro resultado que el creer ver por todas partes lo que le era á uno ya antes conocido, porque quizás suenan las expresiones de un modo semejante; solamente que le debe parecer á uno todo extraordinariamente desfigurado, absurdo y como

una jerga, porque no se toma por base el pensamiento del autor, sino siempre solamente su propia manera de pensar, convertida en naturaleza tras larga costumbre. Pero, en tanto que está fundada en la ciencia misma y no en la exposición, la prolijidad de la obra, la inevitable sequedad y la minuciosidad escolástica, son cualidades que pueden, ciertamente, ser muy ventajosas á la cosa misma, pero, para el libro mismo, se hacen completamente desprovechables.

No es dable á cualquiera escribir tan sutilmente, y, al mismo tiempo, sin embargo, de modo tan atractivo como á David Hume, ó tan fundamentalmente y, por eso, de un modo tan elegante como á Moisés Mendelssohn. Sólo hubiese podido dar popularidad á mi exposición (cosa que me halagaba), si solamente me hubiese importado trazar un plan y encarecer á otro su desarrollo, y no hubiese yo llevado en el corazón el deseo del bien de la ciencia en la cual me hube ocupado durante tanto tiempo; pues, por lo demás, se necesita mucha perseverancia, y aun no poca abnegación, para posponer el atractivo de una pronta aceptación favorable á la perspectiva de una aprobación tardía, aunque más duradera.

Hacer planes es muchas veces una exuberante y jactanciosa ocupación del espíritu, por la cual se da uno á sí mismo una apariencia de genio creador, mientras se postula lo que no se puede hacer efectivo, se censura lo que no se puede hacer mejor y se propone aquello mismo que no

se sabe dónde se puede encontrar, aunque sólo para un buen plan de una crítica general de la razón sería necesario ya algo más, que se puede adivinar, si no ha de ser éste, como de costumbre, una mera declamación de devotos deseos. Pero la razón pura es una esfera tan aislada y, en sí misma, tan enlazada por todas partes, que no se puede poner la mano en ninguna de ellas sin tocar todas las demás, y nada se puede efectuar sin haber determinado previamente la posición de cada una y su influjo sobre las otras; pues no habiendo nada fuera de ella misma que pueda corregir interiormente nuestro juicio, la validez y utilidad de cada parte depende de la relación en que está en la razón con respecto á las otras, y porque, como en la estructura de un cuerpo organizado, el fin de cada miembro puede solamente ser deducido de la noción completa del todo. De aquí que se pueda decir, de una crítica tal, que nunca puede ser segura si no está completamente acabada hasta en los más pequeños elementos de la crítica de la razón pura, y que, de la esfera de esta facultad, se debe determinar ó decidir todo ó nada.

Pero aunque pueda ser ininteligible, incierto é inútil el sencillo plan que preceda á la crítica de la razón pura, por el contrario, es muy útil si la sigue. Pues, por este medio, se pone uno en situación de abarcar el todo, de probar, parte por parte, los puntos capitales que importan á la ciencia y, muchas veces, de ordenar la exposición

mejor de lo que estaba la primera composición de la obra.

Cabe, pues, un tal plan después de acabada la obra, la cual ahora puede ser expuesta según el método analítico, mientras que la obra misma debió ser redactada absolutamente según el método sintético, á fin de poner ante los ojos la ciencia con todas sus articulaciones, como el organismo de una completa y especial facultad de conocer en sus relaciones naturales. El que encuentre nuevamente oscuro este plan que yo pongo ante toda Metafísica del porvenir, como Prolegómeno, debe pensar que no es precisamente necesario que todos estudien Metafísica, que hay muchos talentos, los cuales logran completamente su objeto en ciencias fundamentales y muy profundas que se aproximan más á la intuición, pero que no pueden lograrlo en investigaciones acerca de conceptos puramente abstractos, y que, en tal caso, sus dotes espirituales deben ser empleadas en otro objeto; pero debe también pensar que, el que trata de juzgar la Metafísica y, aún más, de escribirla, debe satisfacer completamente los postulados que aquí han sido establecidos, ya pueda suceder de modo que acepte una solución ó que la refute fundamentalmente y la sustituya por otra (pues rechazarla no puede), y que, al fin, la tan ponderada oscuridad (una máscara habitual de su indolencia y miopía) también puede tener su utilidad; porque todos los que, respecto á las otras ciencias, guardan un prudente silencio,

hablan magistralmente de las cuestiones de la Metafísica y deciden osadamente porque su ignorancia no contrasta aquí distintamente con la ciencia de otro, sino con los principios críticos, de los cuales se puede también gloriarse.

Ignavum, fucos, pecus a pærsepius arcent. Virg., Geórgicas.

UNIVERSIDAD DE NITAGO LADA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ech. 1925 MONTREY, MEXICO

PROLEGÓMENOS

RECUERDO PREVIO

acerca de la característica de todo conocimiento metafísico.

§ 1

De las fuentes de la Metafísica.

Si se quiere uno representar un conocimiento como ciencia, debe, ante todo, poder determinar exactamente lo diferenciado, lo que en ella no es común á alguna otra y constituye su peculiaridad; de lo contrario, los límites de todas las ciencias se entremezclan, y ninguna puede ser tratada fundamentalmente según su naturaleza.

Esta particularidad puede, pues, depender de la diferencia de los objetos, ó de las fuentes del conocimiento, ó del modo de conocer, ó de algo, ó del todo de estas partes juntamente; á eso se refiere, ante todo, la idea de la ciencia posible y de su territorio.

Ante todo, por lo que á las fuentes de un conocimiento metafísico se refiere, está ya implícito en su concepto que no pueden ser empíricas. Los principios de éstas (á los cuales corresponden, no solamente sus axiomas, sino también sus